

La calle
Diario de un espectador
Humphrey Bogart
por miguel ángel granados chapa

para el martes 16 de enero de 2007

Muerto el 14 de enero de 1957, el nunca olvidado Humphrey Bogart ha vuelto al centro de la atención pública al cumplirse el cincuentenario de su fallecimiento. Se ha recordado su historia filmica, de la que mucho hay que decir. Por nuestra parte, como seguramente ocurre a muchas personas, en nuestra educación sentimental, en el trayecto de los asuntos del corazón aparecen películas de Bogart, vistas una y otra vez (cada que se inauguraba una relación, por ejemplo) como *Sabrina*, con Audrey Hepburn y, con Ingrid Bergman, *Casablanca*.

Esta última tiene la antigüedad de este espectador. Una y otro nacieron en el remoto 1942. Pero apenas vimos la cinta por vez primera ya más allá de los veinte años, en algún cine club de la Ciudad universitaria. Y desde entonces la vimos siempre que la reprogramaron, en cines o en la televisión; y luego con el advenimiento de los videos, se multiplicaron las ocasiones de disfrutar y conmovirse con la historia de Rick, el contradictorio dueño de un bar en esa capital marroquí, envidiamente amado por Ilsa Lund, nada menos que Ingrid Bergman.

Como solemos hacer en estos casos, leamos la autorizada voz de Barry Norman, que incluye esta cinta clásica (“de culto” como se dice ahora), dirigida por Michael Curtiz, en *Las cien mejores películas del siglo*:

“A primera vista, no se advierte ningún motivo por el cual *Casablanca* (que quizá sea la película más repuesta de la historia) debiera haber sido algo más que una película corriente, para encabezar las carteleras de los cines con programa doble. Su argumento no tiene por qué dar resultados infalibles, como se demostró en 1990 con el desastre de *Havana*, de Sidney Pollack. Y en un primer momento, Warner Brothers dio tan poca importancia al proyecto que, después de habérselo ofrecido a Georges Raft (que no debió tener mucha vista, ya que lo rechazó, como había rechazado antes *El halcón maltés*), lo relegaron a la categoría de serie B, designando a Ronald Reagan y Ann Sheridan para los papeles principales. Sólo el prometedor borrador del guión que prepararon los gemelos Epstein (además de la decisión afortunada, aunque tardía, de ofrecer la película a Curtiz, el tercer director abordado), los movió a cambiar de opinión y de reparto; y así nació la *Casablanca* que el mundo conoce y adora.

Y la adoramos por una serie de razones: el impecable reparto secundario, la canción (*As time goes by*), cuyo compositor, Max Steiner, solicitó a la Warner que fuera retirada de la película, los diálogos chispeantes, la reacción química entre Humphrey Bogart e Ingrid Bergman. Es la perfecta película romántica: un relato de amantes de destinos contrapuestos en un mundo turbulento, cuyo amor va más allá de sus individualidades. Si Bogart y Bergman se hubieran marchado juntos al final, creo que *Casablanca* no ocuparía el mismo lugar en nuestros recuerdos. Pero, como es bien sabido, no se marchan juntos. En vez de ello, reconociendo que en tiempos de guerra la felicidad inmediata de dos individuos importaba muy poco, sacrificaban su amor en nombre de su deber; y así consiguieron que su amor durara para siempre. Como dice Bogart: ‘Siempre nos quedará París’.

La nota de Norman está acompañada de fotogramas de dos momentos clave de la película: En uno, Sam toca Aunque pasen los años, ante Ilsa y Rick; y en el otro ambos amantes, en el aeropuerto, junto con Víctor Lazlo (el héroe de la resistencia antinazi que acaso por ese superior merecimiento se queda con la bella), atestiguan el diálogo entre el rígido jefe alemán y el cínico oficial francés que al final se deja vencer por el patriotismo y los buenos principios e inaugura una buena amistad con el norteamericano que en apariencia también estaba dominado por el pragmatismo.